

una parte, dramático: las escenas que ocurren en presencia de Goya son mudas, salvo cuando habla el pintor; de ese modo, los espectadores se convierten en esos momentos en el propio artista. «Creo que el espectador podrá comprender así más hondamente –explicaba el autor– que, cuando la razón se duerme en un país, sus mejores hombres sueñan esperanzas sin dejar de razonar. Y aspiro a que el espectador se impregne de esto totalmente: no sólo por la reflexión, sino por la emoción».

Su protagonismo es también simbólico, como decía Buero Vallejo. «Goya llega a sentirse no sólo sordo físico, sino además ‘sordo’ entre ‘sordos’: víctima de una situación social injusta y negativa. Pero, como él dice, no se siente ‘ciego’. Cuando hay sorderas colectivas, no todos se hallan ciegos. (En otras ocasiones –en mis obras ‘En la ardiente oscuridad’, ‘El concierto de San Ovidio’, ‘Llegada de los dioses’– escribí sobre ‘ciegos’ y era lo mismo: no todos estaban ‘sordos’). Siempre se puede ver o escuchar. Y reflexionar. Y actuar».

### «Un texto grande»

Reflexión es lo que propone precisamente José Carlos Plaza con su puesta en escena, a la que –asegura– no aporta más que su intención de que «el texto tenga vida; no pretendo imponer mis ideas como director, sino que sea el texto el que imponga las suyas». De ‘El sueño de la razón’ dice el director madrileño que es «un texto grande, extraordinario por su calidad ideológica, literaria y humana. Es extraordinario por la belleza de su moral. Es el texto de un hombre bueno, una oda a la bondad, a la razón, a la lógica y a la sabiduría».

De 1823, el año en que está situada la obra, a 1970, el año en que –tras varios meses esperando que la Censura diera el visto bueno– se estrenó, y nuevo salto a 2023. «Desde Goya a Buero, hasta hoy –concluye Plaza–, esta es la trayectoria que queremos realizar y que sea un espejo donde nuestra gente vea reflejada su conducta aborregada y estúpida. Un canto al pensamiento, a la razón, a la luz de la mente que nos deje ver a través del manto de oscuridad que nos tienden las mentiras que nos crean, sin pudor y el falso oropel de las verdades adulteradas».

rau no deja de ser seductor en ningún momento y no deja de subrayar esos dos partes de la obra claramente diferenciadas, incluso en sus calidades argumentales: el parloteo y la búsqueda.

Sin despegarse de las herencias de La Tristura, Celso Giménez no solo va aquí al encuentro de su memoria sino al encuentro de su propia voz y lo conseguido, a pesar de sus deudas y de sus búsquedas, a pesar de ciertas rigideces, no deja de ser potente y prometedor, sobre todo cuando se lanza a las profundidades de estas almas y abandona un cierto tono de ligereza y de costumbrismo juvenil.

# «Por más mentira que haya en el mundo, nos queda la verdad del toro»

## Andrés Amorós

Escritor y crítico taurino

### ► En ‘La inteligencia del toro’ publica sus entrevistas a 18 grandes de la Fiesta

ADRIÁN G. PEÑACOBIA  
MADRID

Resulta difícil resumir una carrera como la de Andrés Amorós. Catedrático de Literatura, doctor en Filología, escritor, ensayista, comisario, crítico de arte... Es buen amante del fútbol, la música y, por supuesto, los toros. Su padre fue su puente a las plazas y la puerta temprana a un mundo rebosante de figuras, embestidas y muletas. Un lugar donde era habitual la tertulia con actores, escritores e intelectuales extraordinarios de España y de Estados Unidos, de quienes tomó buena nota. Amigo de Marcial Lalanda, los Dominguín, Vargas Llosa o Cortázar, ahora rinde tributo de nuevo a su gran pasión. ‘La inteligencia del toro: de Marcial Lalanda a Vargas Llosa’ (El Paseillo) es una recopilación de sus encuentros con 18 grandes figuras del toro, el fotógrafo Cano y el escritor Mario Vargas Llosa.

Por estas conversaciones históricas realizadas en ABC ha recibido el premio Fábula Literaria del Círculo de la Dinastía Bienvenida. En esas entrevistas a Joselito, El Juli, Pepe Luis Vázquez, Manuel Vázquez o Iván Fandiño hay una clara intención de definir lo intangible, lo que hay más allá del toro, la inteligencia consustancial a quien vive la verdad de su oficio hasta la última de las consecuencias.

«Soñar el toro es aún más hermoso que torear», dijo Morante a Amorós en su casa de La Puebla del Río, en Sevilla. Y soñar el toro es algo que el escritor conoce bien: desde muy niño le envuelve, persigue y obsesiona. El libro es un homenaje a tantas a figuras emblemáticas, aunque durante sus conversaciones no puede evitar mencionar a aquellos que empujaron el arte del toro con retórica de ensueño: García Lorca, Hemingway, Ortega y Gasset o Miguel Hernández. «Lorca decía: los toros son la fiesta más culta que hay hoy en el mundo», defiende el ensayista con su palabra siempre afilada.

No es casual que el título de la obra hable de una inteligencia muy parti-

cular. Manolo Vázquez cuenta a su interlocutor cómo al día siguiente de escuchar una conferencia de Severo Ochoa en Sevilla, le buscó y le dijo lo siguiente: «Lo de usted es muy difícil y es muy importante, pero si se equivoca, al día siguiente repite el experimento. Lo mío es más difícil: si yo me equivoco delante de un toro, me mata». A pesar de que muchos de estos toreros no han estudiado «prácticamente nada», poseen una «inteligencia natural extraordinaria». «Para ser un gran torero, aparte de tener valor, de tener arte, de conectar con el público, de tener ambición y de muchas cosas, hay que ser inteligente. Sobre todo, para ver el toro», asegura el escritor.

### Inteligencia natural

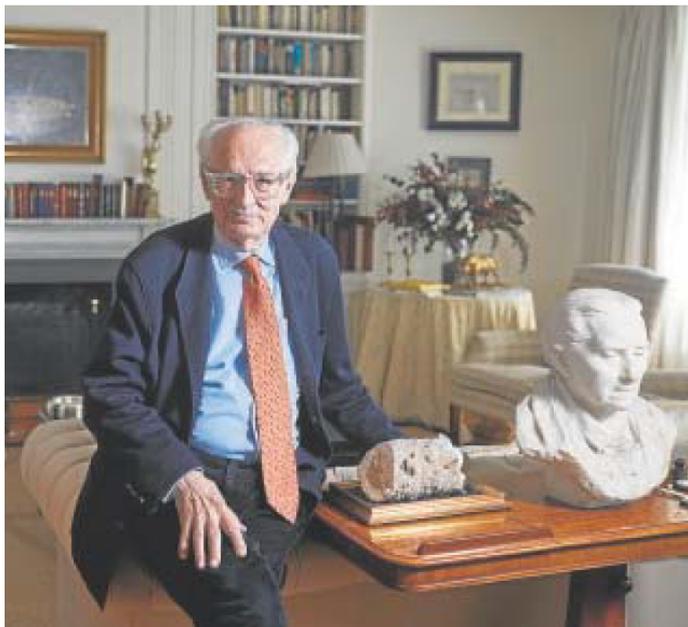
Las anécdotas campan en la profunda memoria de Amorós y salen a la superficie como certezas en sus argumentos: «A Domingo Ortega le llamaban el Paleto de Borox y se acabó haciendo amigo de Ortega y Gasset, de Marañón, de Jiménez Díaz, de los más grandes de España». «Era un filósofo profundísimo como puede serlo un campesino castellano sin estudiar en la universidad», esgrime. «Eso era Joselito el Gallo, hace muchos años. Eso era Marcial Lalanda, tam-

bién Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín», enumera el autor. «Todos estos son de las personas más inteligentes que yo he conocido en esta vida, y además han sido normalmente niños prodigios: algunos a los nueve años ya estaban esperando a ser toreros, ya lo sabían todo», menciona sobre diestros a los que considera «genios desde pequeños, como Picasso o como Mozart».

El ensayista lamenta el alejamiento de intelectuales con respecto a los toros en la actualidad. «Hay un momento en el que se produce la mayor cercanía, con la Generación del 27. Un personaje sirve de mecenas del grupo: Ignacio Sánchez Mejías. Él era extraordinario, como torero y como persona», comenta sobre un espada al que ha estudiado sin cansarse, con varios libros publicados sobre su vida y gestas. «Escribió teatro y pilotaba aviones: valía para todo», agrega.

Su amigo Vargas Llosa es «un apasionado de los toros» que los defiende con orgullo. En la entrevista, el Nobel explica que «ni siquiera cuando estaba en primera línea de política recibía tanto odio» como cuando defiende la tauromaquia. Amorós expresa que se debe a un «animalismo mal entendido, exagerado y absurdo», aunque también esgrime que siempre hay una razón política: «Es como cuando en Cataluña se decía ‘los toros huelen a España’ y después intentaron prohibirlos». Lo cierto es que «los toros están reconocidos por ley, que no solo son un espectáculo legítimo y legal, sino que forman parte del Patrimonio Cultural Inmaterial de España», sentencia el escritor.

De Juan Belmonte, Amorós destaca una frase: «Se torea como se es». Porque en el ruedo, el torero se juega la carrera, la gloria y la vida. «Es posible que haya mucha mentira en el mundo. En los críticos, en los ganaderos, en los empresarios... Pero queda una cosa que es la verdad del toro».



Andrés Amorós, retratado en su casa // GUILLERMO NAVARRO